

## MONTE DE JÚPITER

*José Rizal: París, La Habana, Barcelona, Berlín-3*

*La primera y segunda parte de este tríptico (NLR 27 y 28) exploraban los complejos contextos transnacionales, literarios y políticos, que determinaron las incendiarias novelas anticoloniales (Noli me tangere, 1887, y El filibusterismo, 1891) del «padre fundador» de Filipinas, José Rizal. La tercera parte examina el modo en que el desarrollo de los acontecimientos en Cuba, Europa y Extremo Oriente conformaron sus últimos años y cómo, tras la ejecución de Rizal, su contemporáneo nacionalista Isabelo de los Reyes introdujo clandestinamente en la Filipinas colonizada por los estadounidenses lo que había aprendido de sus compañeros de celda anarquistas en los calabozos de Barcelona<sup>1</sup>.*

Después de haber despachado casi toda la edición de *El filibusterismo* enviándosela a su amigo de confianza, José Basa, en Hong Kong, y tras haber liquidado los asuntos pendientes, el 19 de octubre de 1891, Rizal dejó Europa. A excepción de un único día sombrío, nunca volvería a poner pie en el viejo continente. La ocasión estaba bien elegida. El mandato de cuatro años como capitán general español de Filipinas del desgraciadamente famoso Valeriano Weyler concluiría en un mes. A su sucesor, el general Eulogio Despujol, se le creía mucho menos atroz.

La familia de Rizal le había advertido repetidas veces que no regresara a Filipinas, por buenas razones. Su novela de 1887, *Noli me tangere*, había constituido un ataque brillante y devastador contra la crueldad y la corrupción clericales. Durante la breve visita a su tierra natal después de su publicación, había recibido «amenazas diarias» de agentes de unos enemigos muy bien situados y apenas había podido dejar la casa de su padre en Calamba. Para colmo, había alentado a los arrendatarios locales y a los habitantes de la localidad a llevar a los tribunales a los dominicos extor-

---

<sup>1</sup> Véase Benedict ANDERSON, «Nitroglicerina en la granada», *New Left Review* 27 (mayo-junio de 2004) y «A la sombra planetaria de Bismarck y Nobel», *New Left Review* 28 (julio-agosto de 2004). Los tres ensayos forman parte de un libro más largo sobre el tema, que Verso publicará el próximo año. Me gustaría expresar mi gratitud a Neil García, Carol Hau, Fouad Makki y, sobre todo, a Ambeth Ocampo por la ayuda que me han prestado con información, críticas y referencias bibliográficas. Los errores en lo que viene a continuación son de mi absoluta responsabilidad.



sionadores de alquileres. La vengativa Orden había ganado el caso y el capitán general Weyler había ordenado prender fuego a las casas de los calambanos contumaces. Algunos ejemplares de *El filibusterismo*, cuya trama se centraba en un intento (fallido) de volar a un capitán general sin nombre (pero claramente identificable) e incitar una insurrección, pronto caerían en manos de las autoridades.

Su familia le instó a instalarse en cambio en Hong Kong, a sólo 1.300 kilómetros de Manila, donde podían esperar unirse a él. Hacia finales de 1891, toda la familia estaba felizmente reunida en la colonia británica, donde el joven novelista abrió una próspera consulta oftalmológica. Pero su reputación como principal líder intelectual de su país y las condiciones en las que había dejado Europa le hacían difícil acceder durante mucho tiempo a los deseos de su familia. Sus camaradas más radicales le inundaban de cartas en las que le preguntaban cuál sería su «siguiente paso» y le prometían su total apoyo, con independencia de cuál resultara ser éste.

*Chto dyelat? [¿Qué hacer?]* Una alternativa aflora en su negativo fotográfico en una carta del etnógrafo austriaco Ferdinand Blumentritt, con fecha del 30 de enero de 1892:

¡Sobre todo, te suplico que no te metas en agitaciones revolucionarias! Quien organiza una revolución, debería por lo menos tener presente la probabilidad de éxito, si no quiere que su conciencia tenga que cargar con inútiles derramamientos de sangre. Cuando un pueblo se ha rebelado contra otro que lo dominaba, o una colonia contra su metrópoli, la Revolución nunca ha triunfado exclusivamente en virtud de su propia fuerza. La Unión Americana consiguió la libertad porque Francia, España y los Países Bajos se aliaron con ella. Las repúblicas españolas conquistaron la libertad gracias a la guerra civil que se propagó causando estragos en la metrópoli y al dinero y a las armas que suministraron Inglaterra y Norteamérica. Los griegos ganaron su libertad porque Inglaterra, Francia y Rusia les brindaron su apoyo. Los rumanos, serbios y búlgaros fueron liberados por Rusia. Los italianos se liberaron gracias a Francia y Prusia y los belgas, gracias a Inglaterra y Francia. En todas partes, aquellos pueblos que contaron «exclusivamente» con su propia fuerza fueron aplastados por la soldadesca de la Legitimidad: los italianos en 1830, 1848 y 1849; los polacos en 1831, 1845 y 1863; los húngaros en 1848 y 1849 y los cretenses en 1868<sup>2</sup>.

Blumentritt continuaba diciendo que ninguna revolución de este tipo tenía oportunidad alguna de éxito a menos que 1) partes del ejército y de la armada del enemigo se amotasen, 2) la metrópoli sufriera una guerra civil o un ataque exterior, 3) se hubieran preparado dinero y armas con mucha antelación y 4) una potencia extranjera apoyase oficialmente o en secreto la insurrección. «Ninguna de estas condiciones se cumplen en Filipinas [en la actualidad].»

---

<sup>2</sup> JOSÉ RIZAL y FERNANDO BLUMENTRITT, *Cartas entre Rizal y el Profesor Fernando Blumentritt, 1890-1896*, Manila, 1961, pp. 783-784.

Por otro lado, el enérgico amigo de Rizal, Edilberto Evangelista —más tarde un héroe de la insurrección de Filipinas contra España de 1896—, le escribía desde Gante:

¿Por qué no intentas por lo menos averiguar cuántos aceptan tus ideas y arden con el mismo *élan*?; lo que quiero decir es que es fundamental dar forma a tus ideas organizando un Club Revolucionario, que podrías dirigir desde Hong Kong o cualquier otro sitio, desafiando al Gobierno. ¿No es esto lo que han hecho los separatistas cubanos? ¿Y los progresistas de España?<sup>3</sup>

El ejemplo cubano era crucial. El primer plan de Rizal para resolver estas presiones contradictorias consistía en crear un asentamiento para su familia y para los amigos afines a sus ideas en la bahía de Sandakan, en lo que hoy en día es Sabah, Estado federal de Malasia oriental. Geográficamente, estaba cerca de Filipinas, a 400 kilómetros de Joló, residencia del otrora poderoso sultanato musulmán de Sulu, todavía agitado bajo un laxo señorío español, y a poco menos de 1.000 kilómetros de Manila. (Las mismas distancias separaban La Habana de Miami y de Tampa, donde Martí estaba reclutando revolucionarios entre las comunidades cubanas de trabajadores del tabaco.) También podía parecer prometedor desde un punto de vista político: la región estaba gobernada por una empresa privada, la British North Borneo Chartered Company [Sociedad Anónima Británica del Norte de Borneo], que estaba deseando instalarse en la zona y aceptaba que la comunidad filipina estuviera dirigida por sus propios miembros. Algunos de los camaradas más fogosos de Rizal en Europa, quizá soñando sueños de Tampa, estaban entusiasmados con el asentamiento planeado. Además, éste prometía una vida sin tormentos para la familia de Rizal, para los desahuciados de Calamba y para el propio escritor, que ahora estaba empezando, en tagalo, su tercera novela, inacabada: *Makamisa*<sup>4</sup>. Pero, en pocos meses, todo el proyecto empezó a hundirse. Rizal se dio cuenta de que no podría recaudar ni de cerca el dinero que hacía falta y que el nuevo capitán general de Filipinas, Despujol, no estaba dispuesto a conceder el permiso para la necesaria emigración, sin duda temiendo que el «verdadero plan» era, en efecto, una Tampa borneana, justo fuera de su alcance político y militar.

### *¿Una política filipina?*

La alternativa que se le ocurrió a Rizal, más alarmante para su familia, consistía en crear la primera verdadera organización política para filipinos en la propia Filipinas. (A este respecto, su país iba muy por detrás de la Cuba español-

<sup>3</sup> JOSÉ RIZAL *et al.*, *Cartas entre Rizal y sus colegas de la Propaganda, 1889-1896*, Manila, 1961, p. 800; carta del 29 de abril de 1892. Martí había fundado su Partido Revolucionario Cubano en Estados Unidos aquel enero. La referencia española alude probablemente a los seguidores de Manuel Ruiz Zorrilla. Véase JOHN SCHUMACHER, S. J., *The Propaganda Movement, 1880-1895*, Manila, 1997, ed. revisada, pp. 46, 55 y 202.

<sup>4</sup> Ambeth Ocampo ha reconstruido cuidadosamente lo poco que hay de ella en su *The Search for Rizal's Third Novel, Makamisa*, Manila, 1993. El título significa «Después de misa».

la, donde los partidos políticos, las asociaciones, incluso de izquierdas, y varios periódicos muy activos habían sido legales, dentro de límites definidos, durante algunos años.) Resulta difícil determinar a qué equivalía este plan, porque casi todas las pruebas escritas proceden de testimonios arrancados por los interrogadores policiales después del estallido de la Revolución de 1896<sup>5</sup>. Los objetivos declarados de la Liga Filipina parecen bastante compatibles con las ideas políticas de Rizal y con su manera austera de expresarlas. El punto uno, «la unión de todo el archipiélago en un cuerpo sólido, vigoroso y homogéneo», no sólo implicaba que el archipiélago no era en aquel momento nada parecido, sino también que habría que cambiar el derecho colonial para eliminar los privilegios de los peninsulares, los criollos y los *mestizos*<sup>6</sup>. Los puntos 2 y 3, «la protección mutua en toda urgencia y necesidad» y «la defensa contra toda violencia e injusticia», sugerían que el régimen, aunque no fuera la fuente de la violencia y la injusticia, por lo menos no estaba dispuesto a tomar firmes medidas contra ellas. Los puntos 4 y 5, «el desarrollo de la educación, la agricultura y el comercio» y «el estudio y la aplicación de reformas», sonaban como si estuvieran emanando del Estado —de un Estado, en todo caso— y no de una simple institución cívica.

Si el programa de la Liga iba hasta los límites mismos de la legalidad existente en la Filipinas colonial, su organización interna (de acuerdo con las pruebas disponibles, ciertamente poco fiables) parece pensada para una clandestinidad parcial. Aparece propuesta una estructura de consejos locales, cuyos jefes se encontraban en un escalafón provincial; a su vez, los líderes provinciales conformaban un organismo máximo con poder de mando sobre toda la Liga. Aun así, cada miembro tenía que «obedecer ciegamente y al pie de la letra» todas las órdenes que llegaran de las autoridades superiores de la Liga y de mantener sus acciones y decisiones en «absoluto secreto ante las personas ajenas» a la organización, incluso a costa de su propia vida. En todo ello, resultan bastante evidentes los lineamientos desdibujados del Club Revolucionario que Evangelista esperaba, así como las tradiciones secretistas de la masonería política.

¿Y luego? En este punto, la comparación con Martí, que estudiaba el regreso a su tierra natal casi al mismo tiempo, resulta esclarecedora. Martí era un criollo de primera generación —con un padre de origen valenciano y una madre de Tenerife— cuya lengua natal era el español<sup>7</sup>. Pasó la mayor parte de su vida adulta entre México y Estados Unidos; en el viejo y amplio sentido de la palabra, era un *americano*, con contactos muy diversos en todo el doble continente. Orador, poeta y brillante publicista, tenía una vasta experiencia de organización política y podía construir sobre la base

<sup>5</sup> Véase León M.<sup>a</sup> GUERRERO, *The First Filipino, A Biography of José Rizal*, Manila, 1987, pp. 315-316. Guerrero cita la temprana obra de W. E. RETANA, *Vida y Escritos del Dr. José Rizal*, Madrid, 1907, como su fuente principal y Retana se apoya casi por completo en los informes policiales.

<sup>6</sup> En castellano en el original. Todas las palabras que, en lo sucesivo, aparezcan en cursiva están en castellano en el original. [N. de la T.]

<sup>7</sup> Hugh THOMAS, *Cuba, The Pursuit of Freedom*, Nueva York, 1971, cap. XXV.

de las insurrecciones cubanas de décadas anteriores. No se hacía ilusiones con respecto a lo que le sucedería si volvía a Cuba «legalmente». Y, como consecuencia de la insurrección de diez años (1868-1878) emprendida por Céspedes y sus breves secuelas, la Guerra Chiquita de 1878-1880, había miles de veteranos endurecidos por la lucha, con una larga experiencia en la guerra de guerrillas, disponibles para una nueva lucha armada.

Rizal era un *mestizo*, en parte *indio*, en parte chino y en parte español, cuya lengua natal no era el castellano. Pese a sus hábiles dotes como publicista, era por encima de todo un novelista asombroso. Su formación adulta tuvo lugar en Europa occidental; por más beneficiosa que fuera en tantos sentidos, la adquirió a expensas de lo que Martí poseía en abundancia: experiencia política práctica. La región en la que se encontraba su país era colonial casi en su totalidad: los británicos en India, Birmania, Malaya, Singapur y, hasta un punto indeterminado, en el norte de Borneo; los franceses en Vietnam, Camboya y Laos, y los holandeses en las Indias Orientales; sólo Siam era formalmente independiente. No había para él ningún *point d'appui* [«punto de apoyo»] cercano, a diferencia del vasto Nuevo Mundo republicano con el que contaba Martí. Filipinas tenía su propia tradición de insurrecciones rurales locales y motines criollos, pero la mayoría pertenecían a tiempos pasados. A principios de la década de 1890, no había ningún filipino católico con experiencia en la guerra de guerrillas moderna.

Hacia finales de la primavera de 1892, las opciones de Rizal eran muy limitadas. Sandakan se parecía cada vez más a una ilusión. Hong Kong sólo constituiría un refugio mientras los británicos lo toleraran y éstos no tenían ningún interés en ofender a la Manila colonial. Para mantenerse fiel a sus compromisos y a todos aquellos que le consideraban un líder nacional, Rizal no tenía, aparentemente, más que un camino hacia el que viajar: de regreso a su país natal. El estímulo adicional debe de haber llegado de un ataque malintencionado contra él publicado en el periódico *La Solidaridad*, con sede en Madrid y dirigido por el principal reformista filipino, Marcelo del Pilar, y sus socios. En él, se dibuja una burla de Rizal como «Iluso, el primero», un demagogo vanidoso que reúne en torno a él a un séquito de imbéciles, inocentes y fanáticos y les llama a levantarse contra sus opresores. Cuando una voz desde su público se pregunta cómo es posible hacer aquello sin armas, barcos ni dinero, el saltimbanqui contesta:

Desgraciado, ¿qué estás diciendo? ¿Cuáles son tus objeciones? ¿Dinero? No nos hace falta. Una espada y un corazón fuerte —éste es el secreto... ¿Necesitáis provisiones? Lloverán del Cielo, que ayuda a las buenas causas; y si no, entonces ¡ayuno! ¿Armas? ¡Compradlas! ¿Organización militar? ¡Montadla vosotros mismos! ¿Barcos? ¡Nadad! ¿Transporte? ¡Cargad vuestro equipaje a vuestras espaldas! ¿Ropa? ¡Id desnudos! ¿Cuarteles? ¡Dormid en el suelo! ¿Médicos? Moríos, que es el deber de todos los patriotas!<sup>8</sup>

---

<sup>8</sup> «Redentores de Perro Chico», *La Solidaridad* (15 de abril de 1892), pp. 685-687. El autor anónimo era el vanidoso y pudiente criollo Eduardo de Lete.

Las muchedumbres desarmadas y en desorden se marchan para atacar a los opresores, pero iluso el Primero no se encuentra entre ellas: «Ya había demostrado su patriotismo con sus peroratas». Sentado «en el Olimpo de sus grandiosidades», explica: «Se me reservan cosas más elevadas. Soy el Único Profeta; el único que ama su país como se lo merece soy yo». Para un hombre como Rizal, impregnado de las concepciones española y tagala del honor, sólo había una vía para desmentir semejante calumnia. Volvería a Filipinas públicamente, desarmado y sin más compañía que la de su familia.

### *Regreso a su país natal y detención*

Con plena conciencia de que se estaba arriesgando, Rizal embarcó rumbo a Manila el 21 de junio de 1892. Acababa de cumplir treinta y un años. Dejó dos cartas cerradas, con instrucciones de que se abrieran y publicaran en caso de que muriese. Una iba dirigida a su familia y la otra a «los filipinos». Ambas se proponían explicar por qué había decidido hacer el peligroso viaje de regreso a Filipinas. Sus acciones, escribió, habían traído mucho sufrimiento a inocentes, principalmente a miembros de su familia y a sus conciudadanos de Calamba, que habían padecido duras persecuciones por su causa. No cambiaría el rumbo que había tomado, pero quería asumir la responsabilidad del mismo enfrentándose a las autoridades en persona, con la esperanza de que así, en lo sucesivo, dejarían en paz al resto de sus víctimas. La segunda carta, una extraña mezcla de *pathos* patriótico y amargura personal, proporciona una visión más amplia de su propósito:

Quiero a su vez demostrar a quienes niegan [nuestra capacidad de] patriotismo que sabemos cómo morir por nuestro deber y nuestras convicciones. ¿Qué importa la muerte si uno muere por lo que ama, por su propio país y por esos seres a los que venera? [...] quedan otros que pueden ocupar mi lugar, que están ocupando mi lugar exhibiendo sus méritos; además, quizá haya algunos que me consideren fútil y que no vean la necesidad de mis servicios, puesto que me reducen a la inactividad. Siempre he amado a mi pobre país y estoy seguro de que lo amaré hasta el último momento, aunque los hombres se demuestren injustos conmigo [...]. Sea el que sea mi destino, moriré bendiciendo mi país y anhelando el amanecer de su redención<sup>9</sup>.

Había una tercera carta, transportada por el mismo barco que llevaba a Rizal de vuelta a Manila, dirigida al capitán general Despujol. En ella, Rizal declaraba estar regresando para arreglar algunos asuntos personales y apelaba a Despujol para que pusiera fin a la persecución de su familia. Él estaba completamente preparado para responder a cualquier acusación en primera persona. Desembarcó en Manila el domingo 26 de junio y esa misma tarde se le concedió una breve entrevista con el destinatario de su carta. El general «perdonó» de inmediato al padre de Rizal y le dijo a Rizal que volviera a llamar al cabo de tres días.

<sup>9</sup> José Rizal *et al.*, *Cartas entre Rizal y sus colegas de la propaganda. 1889-1896*, cit., p. 831-832.

Hay algo muy extraordinario en esto, por lo menos considerado desde una perspectiva comparativa. Ahí tenemos a un joven súbdito colonial, que nueve meses antes había publicado una novela en la que un capitán general anónimo había estado a un pelo de recibir, junto con la máxima elite de la colonia, el Nobel de la pulverización<sup>10</sup>. Tampoco su arribo llegaba por sorpresa; el cónsul español en Hong Kong había advertido a Manila por telégrafo. No se puede menos que inclinar el sombrero ante la sangre fría tanto del joven novelista como del general de grisácea cabellera. Resulta bastante imposible imaginar un encuentro análogo en algún lugar de los imperios británico, francés, holandés o portugués y tampoco en la Cuba española. Una o dos conjeturas; la primera: Despujol estaba demasiado ocupado como para leer la novela o no era un lector de novelas; la segunda, más cordial: conocía una novela nada más verla<sup>11</sup>.

A continuación, los acontecimientos se sucedieron a gran velocidad. Al día siguiente, lunes, Rizal viajó hacia el norte en ferrocarril, recién inaugurado, haciendo paradas en varias localidades: su nombre estaba en boca de todos y ya se sabía de su llegada a Manila. Despujol volvió a recibirle el miércoles y el jueves, concediendo un permiso para que las hermanas de Rizal regresaran de Hong Kong a su país natal. Las discusiones giraban principalmente en torno a la idea de Sandakan, que, de acuerdo con las insistencias de Rizal, todavía estaba en proyecto y al que el general se oponía con fuerza. La siguiente entrevista se fijó para el domingo 3 de julio de 1892. Ese mismo día, Rizal fundó formalmente la Liga Filipina, en la casa particular de un partidario político acaudalado. Entre los que asistieron al evento se encontraba Andrés Bonifacio, un joven artesano y agente comercial que iniciaría la Revolución cuatro años más tarde. El propio Rizal no parece haber hecho más que perfilar los objetivos de la Liga, explicar por qué el centro de la lucha política tenía que desplazarse de España a Filipinas y pedir distintos tipos de apoyo.

Mientras tanto, los agentes de la policía habían estado siguiendo a Rizal y estaban preparados para registrar todas las casas que había visitado. La mañana del martes, se produjo la redada programada, aunque no se sacó a la luz más que ejemplares de las novelas de Rizal, folletos masónicos, panfletos contra los frailes, etc., nada que fuera punible en la propia España. El miércoles, Rizal se entrevistó con Despujol por quinta vez en una semana, para asegurarle que estaba listo para regresar a Hong Kong. Pero el general le pidió entonces que explicara la presencia de octavillas contra los frailes —entre las que se

---

<sup>10</sup> El régimen había incautado ya una remesa de *El filibusterismo*, el cual José Basa había intentado introducir clandestinamente en la isla de Panay a través del pequeño puerto de Ilo-Ilo. La mayoría de ejemplares fueron enviados de inmediato a la hoguera. Austin COATES, *Rizal, Philippine Nationalist and Martyr*, Manila, 1992, p. 217.

<sup>11</sup> Ambeth Ocampo me ha sugerido que el trato excepcionalmente cortés que recibió Rizal puede haber sido consecuencia de la fraternidad masónica. Rizal mismo era masón, igual que lo eran muchos altos generales españoles de la generación de Despujol, posterior al reinado de Isabel II.



encontraba una sátira de León XIII— en su equipaje. Rizal contestó que eso era imposible. Sus hermanas le habían hecho las maletas y nunca harían algo tan estúpido, en especial sin su conocimiento. Entonces, Despujol le arrestó y le encerró, con todas las consideraciones, en el Fuerte de Santiago. Al día siguiente, le entregaron una orden de exilio interno en Dapitan, un minúsculo asentamiento en la orilla noroccidental de la remota isla meridional de Mindanao. ¿Qué había sucedido?

Es casi seguro que las octavillas eran falsificaciones pensadas para obligar al régimen colonial a hacerse definitivamente cargo de ese *filibustero* que, en el asunto de Calamba, había «arrastrado» a los autoritarios dominicanos hasta el Tribunal Supremo en España. Es también casi seguro que Despujol sabía o sospechaba que esto era así. No obstante, los panfletos venían bien. Lo que realmente le preocupaba era otra cosa. En primer lugar, la Tampa oriental. Rizal le había asegurado repetidas veces que estaba decidido a poner en marcha el asentamiento de Sandakan y que, si se le permitía volver a Hong Kong, seguiría trabajando en ello. Despujol sabía perfectamente lo que Madrid y la prensa conservadora española pensarían si el proyecto se llevaba a cabo aunque fuera mínimamente. Por otro lado, si se permitía al joven entrar y moverse a sus anchas en Manila, el entusiasmo que suscitaba su reputación podría provocar «disturbios» entre el pueblo dominado o el asesinato de Rizal a manos de sus enemigos *coloniales* y/o clericales. La lógica de la situación decía claramente: mantén al tipo dentro de Filipinas pero fuera de peligro; y, a su vez, trátale de tal manera que no se convierta en un mártir, en especial en la prensa de la metrópoli.

### *Cuba, campo de batalla*

Mientras tanto, en el otro extremo del planeta, el partido revolucionario en el exilio de Martí se estaba preparando para la guerra. Cuba había cambiado drásticamente durante las dos décadas anteriores. (En Filipinas no se había producido ningún desarrollo análogo.) La Guerra de los Diez Años había terminado con un compromiso político, el Pacto de Zanjón, en el que los rebeldes cubanos depusieron las armas a cambio de una amnistía y reformas: libertad relativa de reunión y de prensa y más racionalización administrativa. Después de Zanjón, una oleada enorme de inmigración, principalmente proletaria y campesina, proveniente de la Península, trajo a Cuba nuevos tipos de anarquismo y marxismo españoles (en especial, catalanes). A su vez, Madrid, en un movimiento crucial, tomó medidas para acabar con la esclavitud en la isla. Durante su levantamiento de una década de duración, Céspedes, que había liberado a sus propios esclavos el día en el que proclamó la República, había controlado en buena medida la región de Cuba oriental, destrozada y dedicada a la ganadería, donde los esclavos eran relativamente pocos. Pero había sido incapaz de lanzar un ataque decisivo contra Cuba occidental, enclave del capital colonial, dominado por ricas plantaciones de azúcar con pobla-

ciones esclavas inmensas. La eliminación progresiva de la esclavitud y los golpes económicos que la crisis de la década de 1880 y la competencia exterior asestaron a la «plantocracia» hicieron posible que Martí remodelara la empresa revolucionaria otorgándole un estilo nacionalista que trascendía (o parecía hacerlo) el discurso de la raza. Los hombres cubanos blancos y negros se abrazarían como iguales, metafóricamente al menos, en la lucha contra el dominio imperial<sup>12</sup>. El «nacionalismo general» al estilo de Rizal se extendió rápidamente en casi todos los sectores. Estos cambios hicieron a su vez posible que los revolucionarios de 1895 –Martí, Maceo y Máximo Gómez, el otro héroe de cinco estrellas de 1868-1878, que había entrado clandestinamente en la isla en abril de aquel año– traspasaran con éxito la línea Este-Oeste.

Madrid había anticipado su llegada. El primer ministro Cánovas, de nuevo en el poder, persuadió a Arsenio Martínez Campos, artífice del fin negociado de la Guerra de Diez Años, de volver a Cuba como capitán general. Ya en junio de 1895, pese a que Martí había muerto en combate un mes antes, Martínez Campos describía las nuevas realidades sin ilusiones:

Sólo los pocos españoles de la isla se proclaman como tales [...], el resto [...] odia España [...]. Podríamos concentrar las familias del campo en las ciudades, pero haría falta mucha fuerza para obligarlas, porque ya hay muy pocos en el interior que quieran ser voluntarios [españoles] [...], la miseria y el hambre serían terribles [...]. Carezco de las cualidades para llevar a término semejante plan. Entre los generales presentes, sólo Weyler tiene la capacidad precisa, dado que sólo él combina la inteligencia, el coraje y el conocimiento de la guerra necesarios. Reflexione, mi querido amigo, y, si después de someterlo a discusión, aprueba el plan que he descrito, no se demore en destituirme. Estamos jugando con el destino de España; pero mantengo ciertas creencias y están por encima de todo lo demás. Me prohíben llevar a cabo ejecuciones sumarias y acciones similares. Aunque ganemos en el campo de batalla y eliminemos a los rebeldes, puesto que el país no desea ni conceder una amnistía a nuestros enemigos ni exterminarlos, mi opinión leal y sincera es que, *con o sin reformas*, en menos de doce años, tendremos otra guerra<sup>13</sup>.

El veterano capitán general, pensando a largo plazo, reconocía que la causa imperial estaba perdida. Las reformas resultarían inútiles contra la ola nacionalista; la victoria militar supondría un sufrimiento colosal y no impediría una nueva guerra en la próxima década. Es probable que Cánovas entendiera el mensaje, pero también estaba convencido de que la caída de Cuba no sólo le haría perder el poder y, con casi total seguridad, destruiría la «democracia caciquil» que él y Sagasta habían construido en España durante la generación pasada; asimismo, al reducir a España a un Estado europeo menor, constituiría un golpe devastador para el orgullo nacional. Por consiguiente, hizo saber que defendería la Cuba española «hasta el último

<sup>12</sup> Véase Ada FERRER, *Insurgent Cuba: Race, Nation and Revolution, 1868-1898*, Chapel Hill, NC, 1999.

<sup>13</sup> Citado en Hugh Thomas, *Cuba, The Pursuit of Freedom*, cit., pp. 320-321.

hombre y la última peseta» y envió a Weyler a La Habana. Inmediatamente, cerca de 200.000 soldados españoles embarcaron con rumbo a la isla caribeña: en aquella época, la mayor fuerza militar jamás transportada al otro lado del Atlántico.

Weyler cumplió por completo las expectativas de Cánovas. Con su inflexible eficacia prusiana, cambió la suerte del ejército español en el transcurso de 1896. En diciembre, Maceo y el hijo de Máximo Gómez, «Pancho», murieron en combate y el afligido padre puso en buena medida pies en polvorosa. Los costes fueron enormes. Entre 1895 y 1899, la población de Cuba descendió de cerca de 1.800.000 a 1.500.000. La mayoría de víctimas de ese campo de concentración que ocupaba toda la isla fueron niños que murieron de malnutrición y de enfermedades parásito de ésta. Paraguay fue el único país del siglo XIX que sufrió una pérdida mayor de población<sup>14</sup>. Naturalmente, la economía estaba destruida. Pero el problema más de fondo era que ni Cánovas ni Weyler tenían ninguna solución política plausible a mano. Como veremos dentro de poco, este *impasse* vendría a solucionarlo un muchacho italiano errante, apenas en la veintena.

### *¿Huida a La Habana?*

Admitiendo que era probable que permaneciera exiliado en la diminuta Dapitan durante mucho tiempo, Rizal se había instalado allí al poco de su llegada, en julio de 1892. Se construyó una casa sencilla, con un techo de paja sobre pilares a la orilla de la bahía, todavía hermosa y serena; a continuación, abrió una consulta médica y una pequeña escuela para los chicos de la zona, empezó a interesarse por la agricultura y la botánica y se dedicó a leer lo que a sus familiares y amigos les permitían enviarle. Hacia 1895, sin embargo, la insurrección en Cuba estaba cambiando todo el contexto de la política en Filipinas. Las «precondiciones» de Blumentritt empezaban a hacerse realidad. En noviembre, cuando Martínez Campos todavía gobernaba en La Habana, Rizal –a incitación de Blumentritt, pero, no obstante, con una vacilación notable– envió una carta al sucesor de Despujol como capitán general, Ramón Blanco, pidiendo permiso para ofrecer sus servicios médicos a los heridos en Cuba<sup>15</sup>. Para Blumentritt, lo principal era sacar el exilio de Filipinas. El camino hacia La Habana pasa-

---

<sup>14</sup> *Ibid.*, pp. 328 y 423. En vísperas de la guerra que declaró contra Brasil, Argentina y Uruguay en 1865, Paraguay contaba con una población de 1.337.439 habitantes, en su mayoría guaraníes. Cuando la guerra terminó en 1870, esta cifra se había reducido a 28.746 hombres adultos, 106.254 mujeres mayores de quince años y 86.079 niños, que suman un total de 221.079. Las muertes ascienden a 1.115.320 o un 83 por 100 de la población. Los tres enemigos de Paraguay perdieron también un millón de vidas. Véase Byron FARWELL (ed.), *Encyclopedia of Nineteenth Century Land Warfare*, Nueva York, 2001.

<sup>15</sup> A su vez, a Blumentritt le había «instruido» Antonio Regidor, próspero abogado criollo en Londres, que gozaba de excelentes contactos en Madrid y sabía lo difícil que le estaba resultando al Ministerio de la Guerra reclutar médicos para las tropas españolas en Cuba, devastadas por la fiebre amarilla.

ba por España; una vez allí, Rizal podía quedarse en un lugar seguro, bajo la protección de amigos influyentes y aliados políticos.

Los propios motivos de Rizal están mucho menos claros y, en este terreno, sólo cabe especular. Rizal conocía a Martínez Campos como el artífice nada sanguinario del Pacto de Zanjón. Siendo médico, se tomaba en serio la obligación hipocrática de atender a los heridos, con independencia del bando en el que estuvieran. Estaba bastante familiarizado con la historia política de la Cuba «avanzada», hasta el momento de su partida de Europa. Pero ¿cómo era ahora la Cuba que acababa de iniciar una insurrección? ¿Qué podía aprender de ella? ¿Cómo había encarado a la España imperial? No obstante, durante meses, no hubo reacción de la capital, pese a que Blanco había remitido inmediatamente la carta de Rizal a Madrid, con su sello personal de aprobación. Entre tanto, en el Caribe, Weyler y el *weylerismo* habían sustituido a Martínez Campos y Zanjón.

Las noticias procedentes de Cuba galvanizaron también a los elementos más apasionados de la antigua Liga Filipina. No se trataba sólo del ejemplo de Martí y de los éxitos iniciales de los rebeldes, sino también de las dificultades evidentes a las que se enfrentaría Madrid al tener que ocuparse de manera simultánea de dos insurrecciones anticoloniales en extremos opuestos del mundo. Había otras noticias aparentemente favorables y procedentes de mucho más cerca. En 1895, tras la fácil victoria militar de Tokio sobre Pekín, Taiwán había pasado a manos de la nueva potencia ascendente del Pacífico en virtud del Tratado de Shimonoseki. La punta más al sur de la isla se encontraba a apenas 400 kilómetros hacia el norte desde Luzón. Un pequeño grupo de activistas se había encontrado en secreto en Manila en el momento de la deportación de Rizal a Dapitan, para constituir una organización revolucionaria clandestina que llamaban la *Kataastaasang Kagalangalang Katipunan nang manga Anak nang Bayan*<sup>16</sup>. Su dirigente, Andrés Bonifacio, tenía entonces veintinueve años.

La *Katipunan* no parece haber hecho gran cosa antes de comienzos de 1896, momento en que su número de afiliados estaba todavía por debajo de los 300. Pero los éxitos cubanos estimularon aquel año una vigorosa ampliación de sus miembros<sup>17</sup>. En una reunión de la máxima dirigencia de mayo de 1896, se decidió que era viable un levantamiento armado, que se realizarían sondeos con respecto al posible apoyo japonés y que se enviaría un emisario a Dapitan para obtener el respaldo de Rizal. (El

<sup>16</sup> «La más ilustre y respetable Liga de los hijos e hijas del pueblo», donde *Katipunan* constituía un lazo semántico legitimador con la extinta Liga. Había un buen número de mujeres en la *Katipunan*, organizadas en sus propias secciones. La segunda mujer de Bonifacio, Gregoria de Jesús, que tenía dieciocho años cuando él se casó con ella en 1892, se convirtió en una famosa revolucionaria por derecho propio.

<sup>17</sup> Algunos entusiastas calculan que su número llegó a 10.000 hacia agosto de 1896. Sin duda, la red de logias masónicas proporcionó algo de cobertura. Véase, para una descripción sucinta, Teodoro AGONCILLO, *A Short History of the Philippines*, Nueva York, 1969, pp. 77-81.

novelista había sido nombrado, sin su conocimiento, presidente de honor de la Katipunán y los discursos de la organización terminaban por regla general con un entusiasta: «¡Viva Filipinas! ¡Viva la libertad! ¡Viva el doctor Rizal!».) A finales de aquel mes, uno del grupo, el Dr. Pío Valenzuela, fue a Mindanao con el pretexto de llevar a un sirviente ciego suyo para que Rizal lo tratara. Pero la respuesta del famoso novelista fue rotundamente negativa. El levantamiento planeado no traería al pueblo filipino más que sufrimiento. Bonifacio, al principio, no quiso creer las noticias que traía Valenzuela, luego se puso furioso; pero tal era el prestigio de Rizal que los dos hombres acordaron ocultar a sus camaradas de la Katipunán lo que realmente había sucedido<sup>18</sup>. Además, de la aproximación a los japoneses, o no llegó nada, o no se hizo nada al respecto.

Entonces, el 1 de julio de 1896, Blanco recibió, como caída del cielo, una carta del Ministerio de la Guerra de Madrid, que decía que, puesto que Weyler no había puesto ninguna objeción a la ida de Rizal a Cuba para trabajar como médico, se le permitiría partir hacia el Caribe. La misiva oficial del capitán general para Rizal llegó a Dapitan el 30 de julio. Al día siguiente, Rizal partió con rumbo a Manila en el mismo barco que había traído la carta de Blanco, aunque no sin darle vueltas durante muchas horas; pero lo cierto es que, después de cuatro años de aislamiento, quería volver a ser libre. Sin embargo, en este punto, se le acabó la suerte.

Apenas unas semanas antes, el 7 de junio de 1896, una bomba enorme había explotado durante la procesión anual del Corpus Christi en Barcelona. Seis personas murieron de manera instantánea y otras fallecieron con posterioridad en el hospital<sup>19</sup>. Al día siguiente, se declaró la ley marcial en la ciudad. La policía, azuzada por la Iglesia, varios grupos de derechas y su prensa, se desmandó, deteniendo a cerca de 300 personas: anarquistas de todo tipo, anticlericales, republicanos radicales e intelectuales y periodistas progresistas. A la mayoría de ellos se les encarceló en la sombría fortaleza de Montjuich, que pronto se haría desgraciadamente famosa en toda Europa por las torturas practicadas en sus calabozos<sup>20</sup>. La Cuba española se encontraba ya de facto bajo la ley marcial; ahora le tocaba el turno a Barcelona, y a Filipinas le llegaría poco después. La represión interna, la más dura de Europa occidental, así como el conocimiento creciente sobre los macabros métodos de Weyler en La Habana, polarizaron la política metropolitana. Cánovas era admirado u odiado por ambos motivos y, entre su

<sup>18</sup> León M.<sup>a</sup> GUERRERO, *The First Filipino, A Biography of José Rizal*, pp. 381-383.

<sup>19</sup> Las fuentes policiales sostuvieron que el *attentat* iba dirigido contra los dignatarios eclesiásticos y militares que encabezaban la procesión, pero era una chapuza y acabó matando, en cambio, a la gente que iba en la cola.

<sup>20</sup> Hay disputas sobre el origen de este curioso nombre. La explicación más plausible es que se trata de una degeneración del latín *mons jovis* («Monte o Cerro de Júpiter»). Esta gran escarpadura empinada que domina la ciudad era un lugar apropiado para los sacrificios al *capo di tutti capi* [«jefe de todos los jefes»] de los romanos. Pero algunos catalanes creen que el nombre alude a un antiguo cementerio judío que había en el lugar.

gran cantidad de enemigos, la furia por lo que sucedía en Montjuich se transfería a una simpatía más firme por Cuba.

Rizal dejó Dapitan rumbo Manila el 31 de julio de 1896, con la esperanza de coger el vapor correo oficial que salía mensualmente hacia España. Pero su barco se encontró con dificultades y, para cuando llegó a la capital filipina el 6 de agosto, el vapor correo ya había zarpado. En espera de la salida del siguiente, fue retenido a bordo en el astillero de Cavite, aunque, por lo demás, recibió un buen trato. A petición suya, no se autorizó a nadie, salvo a su familia, a entrar en contacto personal con él. Esto hace pensar que Rizal estaba lo bastante alarmado por la visita de Pío Valenzuela como para preocuparse no sólo por la posibilidad de que la Katipunan hiciera algo temerario, sino también de que se invocara su nombre sin su consentimiento; si esto sucedía, volvería a pesar sobre su conciencia el sufrimiento de las víctimas de una represión provocada por una insurrección condenada al fracaso. Esto no significa que supiera realmente lo que estaba pasando en Manila, no digamos ya en Cuba, Madrid o Barcelona. Lo que es improbable hasta el extremo es que comprendiera algo que estaba claro para Bonifacio —que con 200.000 soldados españoles atados en Cuba, Madrid no tenía capacidad para enviar una fuerza militar arrolladora a Filipinas—. El momento de una lucha de liberación victoriosa apuntado por Blumentritt aparecía sobre el horizonte rebelde.

### *La insurrección de la Katipunan*

Desde finales de 1895, el capitán general Blanco había estado recibiendo informes de sus agentes secretos relativos a que se estaba empezando a activar una Katipunan clandestina y revolucionaria. La estrategia política que decidió seguir consistió en evitar suscitar la paranoia y la histeria entre los españoles de la colonia, «cercando» con mucho sigilo la red conspirativa. A mediados de julio de 1896, sus agentes descubrieron una lista de miembros de una de las ramas de la Katipunan. Muchos de los que se encontraban en la lista fueron detenidos en secreto y, bien encarcelados, bien deportados a islas remotas. Bastantes de ellos empezaron a hablar, de modo que Blanco confiaba que esta estrategia le permitiría liquidar la conspiración sin que el público se enterara de nada. Pero, entonces, el 19 de agosto, *El Español* publicó un artículo sensacionalista de un párroco que decía que había descubierto en el confesionario que estaba a punto de producirse un levantamiento revolucionario. A la comunidad española le entró en un pánico indignado. Blanco se vio entonces obligado a ordenar redadas y registros públicos a gran escala, mientras, para su furia, las Órdenes empezaron a afirmar que sólo su vigilancia patriótica había impedido una masacre; que el despistado capitán general no había hecho nada<sup>21</sup>. Bonifacio, sobre la marcha, dio órdenes de organizar una asamblea general de los katipuneros para decidir qué

<sup>21</sup> Véase el lúcido relato en Onofre CORPUZ, *The Roots of the Filipino Nation*, Ciudad de Quezón, 1989, vol. 2, pp. 217-219.

hacer. Se celebró el 23 de agosto, en Pugadlawin, un pueblo a poca distancia de la Manila colonial. Los asistentes acordaron iniciar la insurrección seis días después, con la destrucción por parte de las personas presentes de sus *cédulas* [recibos del pago de impuestos que todos los nativos debían llevar como forma de identificación] y el grito «¡Viva Filipinas! ¡Viva la Katipunan!». Se hizo un llamamiento para que las provincias vecinas se levantaran y convergieran al mismo tiempo en la capital colonial<sup>22</sup>.

El 29 de agosto de 1896, Bonifacio dirigió un ataque contra el arsenal del suburbio manileño de Marikina. Dos días después, los rebeldes, exiguamente armados, tomaron la provincia de Cavite, y las demás provincias alrededor de Manila pasaron pronto a manos *insurrectas*. Blanco se encontró en una difícil posición. Los españoles de la colonia, presas del pánico (cerca de 15.000, incluidos mujeres y niños, en una población estimada de alrededor de siete millones), y, en mayor medida si cabe, las poderosas órdenes, exigían una represión inmediata y violenta. En gran parte, y quizá contra su mejor criterio propio (el ejército colonial era muy pequeño y habría que cablegrafiar a Madrid para pedir refuerzos), Blanco cedió<sup>23</sup>. Cientos de filipinos fueron detenidos y las propiedades «rebeldes» embargadas. Se decretó la muerte bajo el fuego de un pelotón de fusilamiento para todos aquellos que, de acuerdo con el dictamen de los tribunales militares, hubieran ayudado a los hombres de Bonifacio. Pero, para la ira de la elite colonial, Blanco siguió la política cubana que Martínez Campos había puesto en práctica anteriormente, ofreciendo en seguida una amnistía total para todo aquel rebelde que se rindiera de inmediato. A finales de octubre de 1896, el arzobispo Nozaleda cablegrafió a la sede dominica en Madrid: «La situación empeora. La rebelión se extiende. La apatía de Blanco, inexplicable. Para evitar el peligro, necesario urgentemente nombramiento de nuevo gobernante». Menos de seis semanas después, Blanco fue destituido<sup>24</sup>.

¿Y Rizal? Aislado en su espacioso camarote en las aguas de Cavite y en buena medida sin saber lo que estaba sucediendo alrededor de Manila, estaba esperando la salida del vapor correo hacia España, prevista para el

<sup>22</sup> Véase el vívido relato que hace Teodoro Agoncillo en su dogmática pero rompedora obra, *The Revolt of the Masses*, Ciudad de Quezón, 1956, capítulo 9. Este «grito» ha pasado a la historia nacionalista como el *Grito de Balintawak*, aunque tuvo su origen en Pugadlawin. La terminología constituye claramente una referencia al *Grito de Yara*, la popular frase con la que Céspedes proclamó la insurrección el 10 de octubre de 1868. Es probable que la locución se inventara mucho después de agosto de 1896, pero en aquel momento Filipinas iba en efecto «veintiocho años a la zaga» de Cuba; dos años después, ambos países pasarían a ser contemporáneos cercanos.

<sup>23</sup> Cuando la Revolución estalló, Blanco sólo tenía a su disposición cerca de 3.000 soldados. A lo largo del mes de octubre, llegarían cuatro barcos cargados de reclutas españoles, dándole una fuerza militar que no llegaba a los 8.000 efectivos. Cuba, con alrededor de un cuarto de la población de Filipinas, se enfrentaba a casi 20 militares imperiales. Véase Onofre Corpuz, *The Roots of the Filipino Nation*, cit., vol. 2, p. 233 y, para las estimaciones demográficas filipinas, vol. I, pp. 515-570.

<sup>24</sup> León M.<sup>a</sup> Guerrero, *The First Filipino, A Biography of José Rizal*, cit. p. 409.

3 de septiembre de 1896. Cuando consiguió enterarse de algo más, no parece haber visto ningún motivo para modificar la postura que había adoptado ante Valenzuela tres meses antes. Seguía creyendo que cualquier levantamiento resultaría un fracaso sangriento. Era, además, lo bastante inteligente como para comprender que los rebeldes podrían utilizar su nombre para sus propios propósitos y que la mayoría de los españoles de la colonia interpretarían su aparición en la Bahía de Manila tres semanas antes de las primeras escaramuzas armadas como una señal de su connivencia. Ante su tribunal marcial de diciembre de 1896, declararía (en palabras del registrador del interrogatorio) que había enviado de inmediato un mensaje a Blanco, en el que

rogaba a Su Excelencia que se mostrara dispuesto a dejarle hacer una declaración de un tipo u otro, en caso de permitirse una declaración a alguien en su situación, condenando tales métodos criminales y afirmando que nunca había permitido el uso de su nombre. [Dio] este paso únicamente para desengañar a algunos hombres desgraciados y acaso salvarlos. El abajo firmante no desea en absoluto que esto influya en su caso<sup>25</sup>.

Si Blanco recibió realmente un mensaje como éste, no lo contestó. Pero el 30 de agosto de 1896, al día siguiente de que la insurrección empezara, le entregó a Rizal personalmente dos cartas de presentación en Madrid, una para el Ministro de la Guerra y otra para el ministro de Ultramar. En la primera, escribió:

El comportamiento [de Rizal] durante los cuatro años que ha pasado en Dapitan ha sido ejemplar y, a mi juicio, se merece más si cabe el perdón y la benevolencia por cuanto no parece implicado en absoluto en los intentos quiméricos que todos nosotros lamentamos estos días: ni en las conspiraciones, ni en ninguna de las sociedades secretas que han estado intrigando<sup>26</sup>.

Claramente, el general quería a Rizal en un lugar seguro, fuera de peligro.

El vapor correo partió el día previsto. Cuando echó anclas en Singapur, partidarios expatriados visitaron a Rizal a bordo y le instaron a que abandonara el barco; estaban dispuestos a solicitar un mandato judicial colonial británico de *habeas corpus* para él. Pero Rizal le había dado a Blanco su palabra de honor de que iría a España, así que rechazó la ayuda que le ofrecían. Pasado el Adén de Rimbaud, el 25 de septiembre, se cruzó con un gran buque de transporte español cargado de reclutas. Para cuando el barco llegó a Malta, tres días después, recibió el mandato de permanecer en su camarote, aunque consiguió sacar clandestinamente una carta angustiada dirigida a Blumentritt. El capitán del barco le dijo que habían llegado órdenes por telégrafo: no iría a Cuba. El 3 de octubre de 1896, Rizal llegó

---

<sup>25</sup> El texto aparece en Rafael PALMA, *Biografía de Rizal*, Bureau of Printing, Manila, 1949.

<sup>26</sup> León M.<sup>a</sup> Guerrero, *The First Filipino, A Biography of José Rizal*, cit., p. 391.



a una Barcelona bajo la ley marcial. Después de tres días de confinamiento en su camarote, fue conducido bajo vigilancia a la fortaleza de Montjuich y metido en una celda. Al día siguiente, le comunicaron que tendría que regresar de inmediato a Manila, navegando en otro buque de transporte lleno de refuerzos. A su llegada a Filipinas, le encarcelaron en el Fuerte de Santiago.

¿Qué había sucedido? Poco después del estallido de la insurrección de Bonifacio, Blanco había nombrado, como jefe de una poderosa comisión de investigación sobre los orígenes y recursos de ésta, a un tal coronel Francisco Olivé; sin saber que este hombre, media década antes, había sido enviado por Weyler a la localidad natal de Rizal, Calamba, con órdenes de utilizar toda la fuerza necesaria para desalojar a los arrendatarios contumaces de los dominicos. Olivé, con el respaldo de hombres del Ministerio de la Guerra muy bien situados, insistió en que se hiciera volver a Rizal a Filipinas para investigarle, y Blanco parece haber quedado paralizado por la histeria de los españoles en Manila y por su propia destitución inminente. El 2 de diciembre de 1896, el general Camilo Polavieja, profundamente católico, llegó a la capital colonial y, el 12 de diciembre, sucedió en el poder a Blanco. Estuvo en Filipinas sólo cuatro meses, pero en ese tiempo aplastó la rebelión casi en todas partes, con la excepción de la provincia de Cavite<sup>27</sup>.

Polavieja dictaminó de inmediato que se procesara a Rizal por traición y sedición ante un tribunal militar. El juicio empezó el 26 de diciembre de 1896. En un proceso sumario que duró sólo un día, los jueces recomendaron que se ejecutara al acusado. Polavieja aprobó la recomendación el 28 de diciembre –Blanco nunca lo hubiera hecho– y Rizal murió fusilado públicamente, el 30 de diciembre de 1896, al amanecer, por un pelotón de soldados filipinos bajo mando español. En sus últimas horas, logró sacar clandestinamente, a través de su hermana Trinidad, un poema en español de despedida a su país, más tarde conocido como *Mi último adiós*, que Bonifacio tradujo en seguida al tagalo. Durante un siglo desde su ejecución, este hermoso y melancólico poema se tradujo a 12 lenguas. Se enfrentó a la muerte con dignidad y ecuanimidad. Tenía apenas treinta y seis años. Su cuerpo no fue devuelto a su familia, sino enterrado en secreto, por miedo a que una tumba visible pudiera convertirse en una meca para peregrinos nacionalistas.

Mientras tanto, las cosas estaban yendo mal para los *insurrectos*. La ofensiva de Polavieja obligó a Bonifacio, su máximo titular, a trasladarse a Cavite, el último baluarte armado que quedaba. Allí, éste chocó con una ambi-

---

<sup>27</sup> Una bestia capaz pero impaciente, Polavieja abandonó Filipinas en 1897, en protesta contra la poca disposición o incapacidad de Madrid para enviar los refuerzos militares que creía necesarios para terminar el trabajo. Para enero de 1897, había recibido 29.300 soldados. Después de eso, nada (Onofre Corpuz, *The Roots of the Filipino Nation*, cit., vol. 2, p. 239). Le sucedió Fernando Primo de Rivera como (último) capitán general.

ciosa camarilla caviteña encabezada por Emilio Aguinaldo, alcalde de veintisiete años del pequeño municipio de Kawit. Aguinaldo no pertenecía ni a la elite *ilustrada* de gran cultura ejemplificada por Rizal, ni al artesano manileño, con frecuencia autodidacta, como Bonifacio. Su español era flojo, pero era miembro de la alta burguesía provincial, terrateniente de escala media, dedicada a la agricultura comercial, y su familia tenía muchos contactos en la región de Cavite, famosa por su endogamia. Este joven se había unido a la Katipunan en marzo de 1895, adjudicándosele una función subalterna. Sin embargo, una vez que empezaron los enfrentamientos, demostró ser un soldado nato. Al año siguiente, la Katipunan celebró un encuentro, dominado por los caviteños del equipo local, y, en las elecciones a máximo dirigente, Aguinaldo ganó a Bonifacio, a quien, además, se despreció públicamente por sus orígenes de clase baja. Bonifacio no iba a cruzarse de brazos ante esta deposición y empezó a reunir a todos los partidarios que pudo. A continuación, el grupo de Aguinaldo le arrestó y le sentenció a muerte por «traición» a la Revolución que él mismo había iniciado. Bonifacio y su hermano fueron ejecutados en mayo de 1897. Aprovechándose de estos acontecimientos, Primo de Rivera consiguió entonces reducir a Cavite hasta someterla, pero fue incapaz de apresar a Aguinaldo y sus generales, que se trasladaron a unas atalayas rocosas muy hacia el norte de Manila, de las que ningún esfuerzo sucesivo consiguió sacarlos.

### *La cruzada de Tárrida*

De los cientos de encarcelados en Montjuich a raíz del atentado del Corpus Christi del 7 de junio de 1896, la mayoría seguían allí cuando Rizal se unió a ellos por una extraña noche a principios de octubre. Había una excepción clave, constituida por el extraordinario criollo cubano Fernando Tárrida del Mármol, exactamente de la misma quinta que Rizal, a quien encontramos por última vez acompañando a Errico Malatesta en su gira política fracasada por España en la época del *émeute* [«motín»] jerezano de 1892<sup>28</sup>. Nacido en La Habana en 1861, Tárrida había regresado a España con su familia en 1868; su padre era un rico fabricante catalán de botas y zapatos. Al joven Fernando le mandaron entonces al *Lycée* [instituto de secundaria] de Pau, donde un compañero de clase, el futuro primer ministro francés Jean-Louis Barthou, le convirtió al republicanismo. A su regreso a España, se hizo aún más de izquierdas, frecuentando asambleas y centros obreros, mientras proseguía sus estudios de matemáticas. Con veinticinco años, era un anarquista confirmado, un conferenciante carismático y un colaborador de la publicación anarquista de Barcelona *Acra-*

---

<sup>28</sup> Benedict Anderson, «A la sombra planetaria de Bismarck y Nobel», cit., p. 87, n. 62. En lo que sigue, me inspiro en el capítulo VIII («Anarquismo sin adjetivos»), de una minuciosidad magnífica, de George ESENWEIN, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, Berkeley, 1989.

cia y de su diario *El Productor*. En julio de 1889, los obreros de Barcelona le eligieron para que los representase en el Congreso de la nueva Internacional Socialista en París.

A Tárrida le detuvieron tarde —el 21 de julio de 1896— en la redada posterior al Corpus Christi y marchó hacia los calabozos de Montjuich desde la escalinata de la Escuela Politécnica de Barcelona, donde prestaba sus servicios como ingeniero director y eminente profesor de matemáticas. Tuvo la suerte de que un joven vicedecano que estaba presente reconociera a su antiguo profesor y tuviera la valentía de bajar a hurtadillas a Barcelona y enviar por telegrama la noticia de su encarcelamiento a la prensa nacional. El primo de Tárrida, el marqués de Mont-Roig, un senador conservador, utilizó entonces su influencia y sus contactos para soltar al detenido el 27 de agosto de 1896. Tárrida consiguió cruzar los Pirineos sin que nadie lo advirtiera y dirigirse hacia París y, más tarde, hacia Londres, llevando consigo cartas y otros documentos de sus compañeros detenidos que había logrado sacar clandestinamente.

El antiguo preso de Montjuich era ya una figura (impresa) familiar en París, por sus justas con el «Papa del anarquismo», Jean Grave, en las páginas de *La Révolte*, de la que, tal y como vimos en la segunda parte de esta serie, eran fieles suscriptores muchos de los principales novelistas, poetas y pintores de París. En una conferencia de noviembre de 1889, Tárrida había acuñado el inimitable eslogan «anarquismo sin adjetivos», en un intento de acabar con las peleas encarnizadas entre partidarios marxistas y bakuninistas. Un «anarquismo sin adjetivos» nunca impondría sobre nadie un plan económico preconcebido, dado que esto violaba el principio básico de elección, pero no era menos opuesto a toda idea de solitaria propaganda por la acción. Grave denunció en seguida a Tárrida en *La Révolte*, como representante de la desacertada tradición anarquista española de «colectivismo», es decir, de adhesión a una base obrera organizada. Dice mucho a favor del sabio rechazo de la infalibilidad por parte de este Papa el que de inmediato publicara la respuesta torera de Tárrida, que argumentaba de manera convincente que pequeños grupos dedicados al uso de la propaganda por la acción no tenían posibilidad alguna frente al poder centralizado de la burguesía. La coordinación era esencial, ya que la resistencia organizada de las clases obreras era el único instrumento productivo para combatir la represión estatal.

Los argumentos de Tárrida tenían importancia por derecho propio (y muy pronto convencieron a Malatesta, Elisée Reclus y otros), pero, en el presente contexto, lo que importa es su lugar de publicación. Un público dispuesto le esperaba a su llegada a París, tras su puesta en libertad de Montjuich. El hecho de que fuera cubano en el momento de la represión, ampliamente divulgada, de Weyler sobre su isla natal garantizaba en mayor medida su entrada. El memorable ensayo de Tárrida, «Un mois dans les prisons d'Espagne» [«Un mes en las cárceles de España»], se publicó en *La Revue Blanche*, principal publicación quincenal intelectual de Francia, en octubre de 1896, justo cuando Rizal estaba siendo devuelto de Barce-

lona a Manila bajo fuerte vigilancia<sup>29</sup>. Se trataba sólo del primero de 14 artículos que escribiría para la publicación durante los siguientes 15 meses sobre las atrocidades de Montjuich, la Guerra de Independencia cubana, los movimientos nacionalistas de Filipinas y Puerto Rico, las escandalosas maniobras imperialistas de Estados Unidos y, sorprendentemente, un texto anterior a los hermanos Wright sobre «navegación aérea». Pero, en un principio, el espacio que se le concedió en las páginas de *La Revue Blanche* constituía sin duda el resultado de su crudo testimonio sobre Montjuich. Se trataba del comienzo de lo que se convertiría en un movimiento «a escala atlántica» de protesta contra el régimen de Cánovas, apodado por Tárri-da «los inquisidores españoles».

La campaña antiCánovas estuvo apoyada por cambios coyunturales. En Francia, los *attentats* [«atentados»] de Ravachol, Vaillant y Henry durante el periodo 1892-1894 se tradujeron de forma inmediata en una fuerte represión. Las llamadas *lois scélérates* [«leyes alevosas»] prohibieron todo tipo de propaganda revolucionaria. A principios de agosto de 1894, empezó el famoso «Juicio de los Treinta», en el que compareció Mallarmé como para atestiguar la conducta y reputación de Félix Fénéon, «cet homme doux» [«este hombre dulce»]. (Cuando los periodistas le preguntaron sobre su visión general de los acusados —una mezcla de delincuentes, anarquistas e intelectuales proanarquistas—, el poeta contestó que «no deseaba decir nada sobre estos santos».)<sup>30</sup> Pero, en los últimos años de la década de 1890, la represión se había suavizado. Contamos con tres signos centrales del cambio de atmósfera: en primer lugar, a principios de la primavera de 1897, *La Revue Blanche* publicó una inmensa Enquête sur la Commune [«Encuesta sobre la Comuna»], con contribuciones de anarquistas del renombre de Elisée Reclus, Jean Grave, Louise Michel, Henri Rochefort y Ernest Daudet, en un número estelar por lo demás honrado con la colaboración de Alfred Jarry, Jules Laforgue, Mallarmé, Nietzsche, un «Multatuli» tardío (Eduard Douwes Dekker), Daniel Halévy, Jean Lorrain,

---

<sup>29</sup> Véase *La Revue Blanche* 81 (15 de octubre de 1896), pp. 337-341. Esta publicación fue un invento de dos pares de hermanos, uno belga y otro francés (el hermano menor tenía sólo dieciséis años), que se encontraron en Spa el verano de 1889. Los cuatro se aseguraron el respaldo financiero de los hermanos Natanson, ricos tratantes de arte judío-polacos que se habían instalado en París en 1880. El primer número se publicó en Lieja en diciembre de 1889. En 1891, la iniciativa se trasladó a París, bajo la responsabilidad directa del hermano mediano de los Natanson, Thadée, y con el paso de la publicación quincenal a un formato mucho más suntuoso y elegante. En enero de 1895, el genial Félix Fénéon, recientemente absuelto de terrorismo y sedición en el sonado «Juicio de los Treinta», asumió el trabajo editorial principal. Anarquista y antiimperialista cosmopolita comprometido, hizo la publicación más internacional y de izquierdas. El último número de *La Revue Blanche* (312) salió el 15 de abril de 1903. Véase el fascinante texto de Joan Undersma HALPERIN, *Félix Fénéon, Aesthete and Anarquist in Fin-de-siècle Paris*, New Haven, 1988, pp. 300-314.

<sup>30</sup> James JOLL, *The Anarchists*, Cambridge, MA, 1980, pp. 149-151. Véase también el ingenioso análisis de Eugenia HERBERT en *The Artist and Social Reform, France and Belgium, 1885-1898*, New Haven, 1961; David SWEETMAN, *Explosive Acts, Toulouse-Lautrec, Oscar Wilde, Félix Fénéon, and the Art and Anarchy of the Fin-de-Siècle*, Nueva York, 1999, p.495; Jean MAITRON, *Le Mouvement anarchiste en France*, París, 1975, vol. I, p. 137.

Paul Adam y el propio Tárrida. En segundo lugar, mientras que en 1894 el desautorizado tribunal marcial inicial del capitán Alfred Dreyfus apenas había atraído la atención comprometida, en 1896 los ánimos eran muy distintos. Las pruebas de que el judío Dreyfus había sido víctima de una trampa que intentaba incriminarle empezaron a filtrarse, conduciendo, con el tiempo, a una intensa campaña de prensa que obligó al Estado a detener al verdadero culpable, el mayor Marie-Charles Esterhazy, en octubre de 1897. Su absolución al día siguiente del inicio del juicio condujo al *J'accuse* (*Yo acuso: la verdad en marcha*) de Zola, a la *L'Aurore* de Clemenceau y al gran enfrentamiento político entre derecha e izquierda que pasó a conocerse como el caso Dreyfus. En tercer lugar, un antiguo grupo de exiliados cubanos en París se volvió especialmente activo tras el comienzo del levantamiento de Martí y algunos de sus miembros presionaron con éxito a periodistas muy destacados, como Clemenceau, para que mostraran su apoyo por la causa de su país.

En Londres, la superposición de los casos Dreyfus y Montjuich suscitó una indignación generalizada y Keir Hardie, Ramsay MacDonald y otros recibieron allí calurosamente a Tárrida con una prolongada gira de divulgación<sup>31</sup>. En un país con una larga historia de animosidad hacia España, los relatos de las actividades de la «Nueva Inquisición» encontraron oídos atentos. El régimen conservador de Italia, todavía a matar con el papado y humillado por el monarca etíope Menelik en Adua en marzo de 1896, no estaba en condiciones de ayudar a su homólogo en Madrid. En Alemania, Bélgica, Portugal e incluso en Rumanía, así como en Estados Unidos y Argentina, los periódicos protestantes, masones, liberales, socialistas y anarquistas respondieron al llamamiento de Tárrida con una sonora campaña contra el gobierno español.

También en España, a todos los enemigos de Cánovas –en su propio partido y entre los liberales, federalistas, republicanos y marxistas– les pareció, por razones de principios u oportunistas, que había llegado el momento de contestar al escándalo de Montjuich. Contribuyó a ello el hecho de que entre los encarcelados en Barcelona se encontrasen, por lo menos, un antiguo ministro y tres diputados parlamentarios. Pero Cánovas no se amilanó. Se permitió marchar al exilio a algunos detenidos relativamente destacados de Montjuich, pero la mayoría de los no procesados ante tribunales militares, junto a algunos «agitadores» cubanos enviados desde La Habana, fueron deportados a duros campos en la África española. Después de sufrir torturas atroces y un juicio ante un tribunal militar, el principal sospechoso del atentado del Corpus Christi, el francés Thomas Ascheri, y cuatro españoles (casi seguro inocentes) fueron ejecutados el 5 de mayo de 1897, aunque no sin que antes sus compañeros de calabozo

---

<sup>31</sup> Gran parte de los artículos de Tárrida para *La Revue Blanche* fueron escritos en Londres. A Tárrida le gustó Inglaterra y acabó echando raíces allí, convirtiéndose, quizá por desgracia, en un fabianista. Murió, demasiado joven, durante la Gran Guerra.

hubieran sacado clandestinamente cartas en las que describían sus padecimientos y proclamaban su inocencia<sup>32</sup>.

### *Cánovas, derribado*

Entonces, un anarquista de 26 años de Foggia cambió todo. Michele o «Miguel» Angiolillo Lombardi parece haberse convertido al anarquismo siendo recluta. A su regreso a la vida civil, trabajó como pintor, pero tuvo que huir de Italia en 1895, después de publicar un manifiesto contra el gobierno. Durante el año siguiente, estuvo en Marsella, Barcelona, Bélgica, Londres y París, vagando a la deriva, hasta volver a España. Se dice que enfureció con lo que leyó en los periódicos franceses sobre la tortura de anarquistas en Montjuich, quedó electrizado por el libro apresuradamente compilado de Tárrida, *Les Inquisiteurs d'Espagne [Los inquisidores de España]* e impresionado por las conferencias públicas de Henri Rochefort y Ramón Betances, portorriqueño entregado al trabajo de presión por la libertad de Cuba, que denunciaba la responsabilidad de Cánovas tanto por Montjuich como por los horrores de Cuba<sup>33</sup>. Localizó a Cánovas en el balneario de Santa Águeda, en el País Vasco, y lo mató de un disparo, el 8 de agosto de 1897. Angiolillo no hizo ningún intento de huir y fue ejecutado a garrote vil dos semanas más tarde.

El asesinato de Cánovas no sólo anunciaba el fin de la «democracia caciquil» de la España de la Restauración. Traía asimismo consigo la caída de Weyler en La Habana, tal y como el propio general entendió de inmediato<sup>34</sup>. El 31 de octubre de 1897, Weyler entregó el mando de Cuba nada menos que a Ramón Blanco, el hombre que había intentado salvar a Rizal y al que la acción del grupo de presión clerical sobre el consejo de ministros de Cánovas y la reina regente había sacado de Manila. Llegó con un mandato de indulgencia, compromiso y reforma, pero ya era demasiado tarde. Los enfurecidos *colonos* le recibieron con esa violencia organizada de una turba incontrolada que Guy Mollet sufriría seis décadas más tarde en Argel; los revolucionarios no estaban por la labor de un segundo Zanjón, y el imperialismo estadounidense estaba avanzando. Ocho meses después, Estados Unidos era amo de Cuba. Probablemente sólo Weyler tenía la capacidad y la determinación de hacer sudar la gota gorda a Roosevelt y Hearst.

---

<sup>32</sup> Ascheri, ex seminarista, desertor del ejército e informante de la policía francesa, afirmó también ser un espía anarquista. El verdadero cerebro del Corpus Christi puede haber sido Jean Girault, que huyó a Argentina. George ESENWEIN, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, cit., p. 192; Rafael NÚÑEZ FLORENCIO, *El terrorismo anarquista, 1888-1909*, Madrid, Siglo XXI, 1987, pp. 96-97 y 161-164.

<sup>33</sup> Véase George Esenwein, *Anarchist Ideology and the Working Class Movement in Spain, 1868-1898*, cit., pp. 197-198.

<sup>34</sup> El hagiógrafo de Weyler, Hilario MARTÍN JIMÉNEZ, describe perfectamente este momento en *Valeriano Weyler, De su vida y personalidad, 1838-1930*, Santa Cruz de Tenerife, Ediciones del Umbral, 1998, capítulo XIII.

## Educación anarquista de folclorista

Hacia junio de 1897, a ojos de Primo de Rivera, el último capitán general de Filipinas, se podía considerar que la situación del archipiélago estaba mejorando. Como hemos visto, Bonifacio había muerto ejecutado un mes antes a manos de la camarilla caviteña constituida en torno a Emilio Aguinaldo. El joven *caudillo* había perdido ahora Cavite y estaba instalado de manera poco segura en Biak-na-Bató, un escondrijo escarpado, lejos, en el extremo opuesto de Manila. Pero las molestias locales se mantuvieron. Una de ellas se correspondía nada menos que con el folclorista aficionado, periodista y hombre de negocios Isabelo de los Reyes, por el que el procónsul español sentía aversión debido a «la audacia de su temperamento y su gusto por la notoriedad»<sup>35</sup>. A Isabelo lo detuvieron de inmediato después del estallido de la Revolución y permaneció en la cárcel hasta el 17 de mayo de 1897, cuando Primo de Rivera, en un gesto conciliador que cerraba el periodo de Polavieja, le concedió el perdón junto a otros 660 reclusos aproximadamente. Poco después, el capitán general recibió a una delegación de amnistiados, creyendo que todos habían venido a darle las gracias. Sin embargo, Isabelo, profundamente resentido por la muerte de su mujer mientras él estaba entre rejas y por la negativa del régimen a darle permiso para asistir a su funeral o ver a sus hijos huérfanos, llevó consigo un largo y feroz memorándum que perfilaba lo que, de acuerdo con sus palabras, eran las condiciones de los *ilustrados* para un acuerdo pacífico. La principal de ellas era una demanda de expulsión inmediata de las órdenes. El capitán general reaccionó «como si le hubiera mordido una serpiente» e hizo que volvieran a detener a Isabelo el 20 de mayo, que lo encerraran encadenado en la Cárcel de Bilibid y que lo enviaran en secreto a la Barcelona de la ley marcial<sup>36</sup>. El capitán del barco recibió órdenes de mantener al joven rufián aislado de cualquier contacto con los filipinos de a bordo, «sobre los que ejerce una importante influencia».

A su llegada a Barcelona en junio de 1897 –Cánovas estaba todavía vivo y coleando–, Isabelo fue trasladado en seguida a Montjuich, cuyo comandante le aseguró con calma (y falsamente) que sólo se encarcelaba en aquellas celdas a aquellos que esperaban la pena de muerte. No era, ni mucho menos, el primer filipino después de Rizal relegado a aquella cárcel. El solidario anarquista catalán «Federico Urales» –detenido después

<sup>35</sup> Para una consideración sobre el extraordinario libro protonacionalista de Isabelo, *El Folk-Lore Filipino* (1887), escrito cuando el autor tenía apenas veintitrés años, véase mi «El huevo del gallo», *NLR* 3 (julio-agosto de 2000). En lo que sigue, me inspiro principalmente en el divertido e innovador monográfico del fallecido William Henry Scott, *The Unión Obrera Democrática, First Filipino Labor Union*, Ciudad de Quezón, 1992. La cita arriba mencionada aparece en la p. 14 de este volumen.

<sup>36</sup> Véanse las cartas de Mariano Ponce a Blumentritt del 18 de agosto y 14 y 22 de septiembre de 1897, en Mariano PONCE, *Cartas sobre La Revolución, 1897-1900*, Manila, 1932, pp. 23-35 y 40-46.

del atentado del Corpus Christi por haber tenido el coraje de adoptar a la hija de Paulino Pallas, huérfana tras la ejecución de su padre a manos de un pelotón de fusilamiento (detallada en la segunda parte de esta serie), por abrir una escuela laica para niños muy popular y por publicar un ataque contra los juicios realizados por tribunales militares en Barcelona—recordaba en sus memorias cómo, en 1896:

Polavieja empezó de inmediato con ejecuciones y deportaciones a España. Habiendo llegado a Barcelona un barco cargado de insurrectos, encerraron a los prisioneros en la misma cárcel que a nosotros. Esto sucedió en invierno, y esos pobres deportados filipinos iban vestidos [todavía] en su traje nativo, que estaba compuesto simplemente de unos pantalones tipo calzón y una camisa del grosor de una telaraña. Era a la vez vergonzoso y triste ver a los pobres filipinos en el patio de la cárcel de Barcelona, paseando en círculo, dando patadas al suelo para calentarse los pies y tiritando de frío. Y constituía un espectáculo noble y hermoso ver a los reclusos de la cárcel tirando al patio zapatos, sandalias de cuerda, pantalones, camisetas, chaquetas, gorros y calcetines para calentar a los pobres deportados filipinos, en cuyo país se desconoce el frío<sup>37</sup>.

En septiembre de 1897, Isabelo recibió a un nuevo compañero de celda, Ramón Sempau, que el día cuatro de aquel mes había intentado asesinar al teniente Narciso Portas, el jefe de las torturas de Montjuich, cuyo nombre Tàrrida había convertido, a través de la prensa europea, en sinónimo de la «Nueva Inquisición». Isabelo quedó encantado con el asesino frustrado. A la vejez, escribió que el catalán era una persona muy culta:

Se sabía de memoria los nombres científicos de las plantas de Filipinas y más tarde traduciría al francés *Noli me tangere*, de Rizal. En su pelea con cerca de cien agentes de policía, demostró una falta absoluta de miedo. Su nombre mismo provocaba terror en Europa. Sin embargo, en realidad, era como un niño honesto y simpático; sí, incluso un verdadero santo por naturaleza [...]. Reitero, y doy con ello mi palabra de honor, que los llamados anarquistas, nihilistas o, como dicen hoy en día, bolcheviques, son los verdaderos salvadores y defensores desinteresados de la justicia y de la fraternidad universal. Cuando hayan desaparecido los prejuicios de estos días de imperialismo moribundo, ocuparán por derecho nuestros altares<sup>38</sup>.

Con Cánovas muerto y la coalición de oposición de Sagasta en el poder, la situación de los presos de Montjuich empezó a cambiar. El 8 de enero de 1898, Isabelo fue puesto en libertad. Gracias a las cartas de referencia de sus amigos catalanes radicales, encontró una sinecua menor en la sección

<sup>37</sup> Federico URALES, *Mi vida*, t. I, pp. 79, 196-197 y 200. Su verdadero nombre catalán era Joan Montseny, pero cogió los Montes Urales para su primer *nom de guerre* [nombre de guerra].

<sup>38</sup> Citado en William Henry Scott, *The Unión Obrera Democrática, First Filipino Labor Union*, cit., p. 15. La primera traducción de *Noli me tangere* (hecha en común entre Sempau y el francés Henri Lucas, sin duda a sugerencia de Isabelo) se publicó en París en 1898 ó 1899, bajo el título de *Au Pays des Moines [En el país de los frailes]*.



de propaganda del ministerio de Ultramar de Moret. Sus artículos sobre Filipinas, en especial sus diatribas contra las órdenes, se publicaron en el órgano del Partido Republicano Radical. Pertrechado de un revólver, se sumergía en las manifestaciones radicales de la época, y salía sin disparar a nadie, pero no sin llevarse de vez en cuando una nariz rota. Cuando, a finales de 1898, se firmó el Tratado de París, por el cual España cedía Filipinas a Estados Unidos a cambio de 20 millones de «monedas de plata», Isabelo se apresuró a poner en marcha su propio periódico, *Filipinas ante Europa* y durante los dos años anteriores a su regreso a su país natal lo utilizó para lanzar virulentos ataques contra el imperialismo estadounidense.

Mientras Isabelo y Sempau estaban todavía pudriéndose en Montjuich, Aguinaldo decidió, desde su reducto de Biak-na-Bató, que había llegado el momento de formar un gobierno revolucionario y que, para este propósito, hacía falta una constitución que le hiciera presidente. Resulta curioso que los dos redactores de este documento lo copiaran íntegramente de la constitución revolucionaria de Cuba de 1895, agregando sólo una cláusula que convertía el tagalo en lengua nacional<sup>39</sup>. El *caudillo*, cuyo español era flojo y que sabía poco del mundo fuera de Filipinas, no tenía ni idea de esto y anunció con orgullo la promulgación de esta constitución «filipina» el 1 de noviembre de 1897. Al día siguiente, prestó juramento como presidente<sup>40</sup>. Pero, incluso antes de este gesto grandilocuente, se habían iniciado negociaciones con Primo de Rivera, quien bajo el nuevo régimen de Madrid parece haber esperado conseguir, en el mejor de los casos, una especie de versión oriental del Pacto de Zanjón. Hacia finales de año se había acordado que los rebeldes depondrían las armas y recibirían una amnistía total, y que Aguinaldo y sus oficiales partirían hacia Hong Kong con 400.000 pesetas en los bolsillos.

Entre tanto, Washington estaba moviendo posiciones. Ya en noviembre de 1897, Theodore Roosevelt había escrito que, en caso de guerra con España por motivo de Cuba, sería aconsejable enviar el escuadrón asiático estadounidense a la Bahía de Manila. A finales de febrero de 1898, ordenó al comodoro George Dewey que trasladara su base de operaciones a Hong Kong. Finalmente, cuando, el 25 de abril de 1898, se declaró la gue-

---

<sup>39</sup> Lo más probable es que el texto de la Constitución cubana lo facilitase el gran amigo de Rizal y Del Pilar, Mariano Ponce, que había trabajado durante mucho tiempo como secretario del grupo *Solidaridad* en Madrid. Tras haber cuidado en Barcelona durante julio de 1896 de Del Pilar en sus últimos días, Ponce se instaló en Hong Kong, donde se esforzó en hacer lo que pudo como «operario telefónico» para la revolución anticolonial. Hay muchas cartas conservadas dirigidas a sus amigos cubanos (y con frecuencia masones) en París y España, pidiendo información documental sobre el avance de la Revolución de Cuba, así como asesoramiento sobre estrategia guerrillera, recaudación de fondos, etc. Véase, por ejemplo, las cartas del 10 de mayo, 8 de septiembre y 26 de octubre de 1897, a J. A. Izquierdo en París, así como la carta del 29 de junio del mismo año a «Consuelo», quizá también en París. Mariano Ponce, *Cartas sobre la Revolución, 1897-1900*, cit. pp. 5-9, 28-32, 59 y 18-21.

<sup>40</sup> Teodoro Agoncillo, *A Short History of the Philippines*, p. 102. Se trataba de la llamada Constitución de Jimaguayú. Filipinas iba ahora sólo «dos años a la zaga» de Cuba.

rra contra España, después de la extraña explosión del buque de guerra *USS Maine* en el puerto de La Habana —enviado allí para intimidar a los españoles—, Dewey salió hacia Filipinas una hora después de haber recibido el cablegrama oficial. El 1 de mayo destruyó la obsoleta flota española a la vista de la costa de Manila, en apariencia para liberar a los filipinos del yugo español. A invitación de Dewey, Aguinaldo y sus hombres le siguieron desde Hong Kong el 19 de mayo de 1898. Pero pronto se hicieron evidentes los verdaderos objetivos de Washington. A Aguinaldo se le prohibió entrar en Manila y, mientras que la gente de Dewey empezaba a confraternizar con los españoles derrotados, las relaciones con los filipinos se fueron deteriorando cada vez más. Con la firma del Tratado de París a finales de 1898, la guerra entre la potencia anexionista y la República Filipina de Aguinaldo recién proclamada se tornó inevitable<sup>41</sup>. Los estadounidenses, después de haber denunciado con ferocidad la «concentración de poblaciones» que Weyler había practicado en Cuba, acabaron adoptando esta misma política con gran virulencia. Puede que medio millón de filipinos muriese de malnutrición y enfermedad en estas zonas de concentración, así como en la despiadada guerra contrainsurgente. En marzo de 1901, Aguinaldo fue apresado y se avino a jurar lealtad a Estados Unidos, pero otros generales continuaron la guerra revolucionaria hasta entrado 1902 y la resistencia popular persistió en distintos lugares hasta cerca del final de la década.

### *Veladas sindicalistas*

Isabelo había regresado a Manila en octubre de 1901, con sus característicos entusiasmos y energía. En sus maletas, había metido una pequeña biblioteca idiosincrásica: Tomás de Aquino y Voltaire, Proudhon y la Biblia, Darwin y Marx, Kropotkin y Malatesta. Existen todos los motivos para creer que se trataba de los primeros textos de Marx y de los principales pensadores anarquistas, quizás incluso de Darwin, que entraban en Filipinas. Su reputación como firme adversario del imperialismo estadounidense le había precedido. El *Manila Times*, portavoz de la creciente población de empresarios buitres, le denunció de inmediato como un agitador peligroso y un anarquista sanguinario. No por casualidad un mes antes, en Buffalo, Leon Czolgosz, hertero anarquista polaco-estadounidense de veintiocho años, había matado de un disparo al presidente McKinley (sucedido a continuación por el hiperti-

---

<sup>41</sup> Aguinaldo también había hecho pública una proclama de acuerdo con la cual toda la población debería llorar al Héroe Nacional José Rizal cada aniversario de su muerte. El primer monumento, dos modestos pilares masónicos grabados con los títulos de sus novelas, todavía sobrevive en la pequeña localidad de Daét, asediada por los huracanes. En la actualidad, existen cientos de estatuas de Rizal decorando las plazas de las ciudades filipinas; en España y en la América española, es habitual encontrar calles con su nombre. En Estados Unidos, apenas se le conoce (aunque hay estatuas suyas en San Francisco y Chicago). Pero en Amoy existe en estos momentos todo un parque temático dedicado a Rizal y financiado principalmente por ricos filipinos chinos *bokkien*, cuyos antepasados zarparon desde aquel puerto.

roideo Theodore Roosevelt). El nuevo régimen colonial prohibió el periódico planeado por Isabelo, *El Defensor de Filipinas*, y el Partido Nacionalista que había propuesto.

Pero Isabelo no era un hombre fácil de aplacar. A la vejez, recordaría que «aprovechó la ocasión para poner en práctica las buenas ideas que había aprendido de los anarquistas de Barcelona», poniéndose a radicalizar y a organizar la clase obrera manileña ante las narices de los conquistadores protestantes. En este intento, contaba quizá con algunas ventajas insospechadas. Siempre había sido un perro verde dentro de la intelectualidad nacionalista *ilustrada*, que era en su inmensa mayoría tagala: no exactamente aristocrática, ya que nunca había habido un Estado «feudal» nativo en Filipinas (a diferencia de las vecinas Indonesia, Malaya y Camboya); pero con aspiraciones en este sentido, en especial, ante un imperialismo español que tenía fuertes raíces feudales y, a la vez, seguía imaginándose en disfraces medievales, cuando la realidad era de temeridad sórdida, caciquismo turbio y señorazgo a la manera de las órdenes.

Isabelo era justo lo contrario: un empresario, editor, impresor y periodista honesto que tenía empleados y no sirvientes y les trataba con un espíritu democrático moderno. Mejor aún: era un chico del interior, de una región muy al norte de Luzón, donde vivían los ilocanos, un grupo étnico legendario por su frugalidad, laboriosidad, habla llana y fuerte sentimiento de grupo. El *Dienstleute* [«personal de servicio»] de la Manila de finales del siglo XIX, tal y como lo llamaba Rizal con bastante desdén, estaba compuesto en su inmensa mayoría de inmigrantes laboriosos de la infructífera Ilocos. También la incipiente clase obrera, aunque uno nunca lo creería leyendo *Noli me tangere* y *El filibusterismo*. Isabelo podía hablar a esta gente en su propia lengua, que en aquellos días prácticamente ningún tagalo culto conocía. Estaba asimismo perfectamente familiarizado con su fuerte cultura de calle y *barrio*.

A la manera clásica, empezó organizando a los impresores. Su éxito alentó a otros sectores y el sindicato se convirtió con bastante rapidez en una «central» espontánea al estilo barcelonés: la Unión Obrera Democrática, que hubiera hecho las delicias del Tárrida del *anarquismo sin adjetivos*. Los gobernantes estadounidenses observaron con incredulidad y alarma cómo una enorme oleada de huelgas anegaba Manila y sus alrededores, con victorias en muchos puntos, porque ni el capital ni los administradores se las esperaban. Quedaron además aturridos por algunos de los métodos de Isabelo. Las manifestaciones callejeras las había aprendido en sus días de correrías, revólver en mano, por Barcelona. Pero, cuando recaudó dinero para los huelguistas y su organización realizando una serie de bailes populares combinados con conferencias y montando *zarzuelas* y otro tipo de funciones teatrales con temas hostiles a los estadounidenses y sus colaboradores de la élite filipina, estaba pulsando sagazmente la pasión filipina por las fiestas, el baile, el teatro y la música. Su última acción, antes de volver a la cárcel por «conspiración obrera», fue organizar una fiesta

descomunal en el distrito obrero de Tondo, en un centro de trabajadores recién inaugurado<sup>42</sup>.

## EPÍLOGO

El pasado enero me invitaron a dar una conferencia sobre los temas de estos tres artículos en la Universidad de Filipinas, famosa por su nacionalismo radical y donde la influencia del «nuevo» Partido Comunista maoísta de José María Sison (ilocano), fundado a finales de 1968, sigue siendo muy fuerte. Como llegué demasiado pronto, estuve pasando el rato en un puesto de café al aire libre. Un joven pasó repartiendo panfletos a los clientes, la totalidad de los cuales los arrugaron y tiraron en cuanto él se fue. Yo estaba a punto de hacer lo mismo cuando el título llamó mi atención: ¡organízate sin líderes! El contenido resultó ser un ataque contra las jerarquías de Filipinas –del dirigismo partidista, del capitalismo corporativo y también del comunismo maoísta– en nombre de la solidaridad organizada «horizontal». El panfleto no estaba firmado, pero se añadía un sitio web para más información. Se trataba de un regalo caído del cielo demasiado bueno para guardármelo. Leí el panfleto ante el público y me sorprendió ver que casi todo el mundo parecía desconcertado. Pero, cuando terminé de hablar, muchos se apresuraron a pedirme copias. No estoy seguro de que a Rizal le hubiera gustado el parque temático de Amoy, pero tengo en gran medida la certeza de que a Isabelo le hubiera encantado el panfleto y hubiera corrido a su ordenador portátil a mirar el sitio web *manila.indymedia.org*.

---

<sup>42</sup> La UOD desapareció en 1903, pero de sus cenizas nacieron muchas otras organizaciones obreras y, con el tiempo, un Partido Socialista y un Partido Comunista. Ambos se fusionaron en 1938, dirigieron el movimiento guerrillero Hukbalahap contra los invasores militares japoneses y, finalmente, llevaron adelante una guerra revolucionaria contra la Segunda República acordada por los estadounidenses que se inició el 4 de julio (¿cuándo si no?) de 1946.